

EL INSTITUTO CARNEGIE Y EL TEMPLO DE LOS GUERREROS

POR PABLO MARTINEZ DEL RIO

Dos suntuosos volúmenes, que acaban de aparecer, dan cuenta detallada de los trabajos llevados a término por el Instituto Carnegie sobre el llamado "Templo de los Guerreros", de Chichen Itzá. Es el Instituto Carnegie una de esas pocas organizaciones verdaderamente cosmopolitas en sus miras, que deliberadamente hacen caso omiso de todo género de demarcaciones, ya sean históricas o geográficas. Sus actividades no podían ser más diversas. Por un lado, el gigantesco telescopio del Observatorio de Mount Wilson, que ella costea, escudriña los espacios siderales y sirve de auxiliar indispensable para ese otro instrumento de invención prodigiosa: el interferómetro. Al mismo tiempo, el barco "Carnegie", refractario a determinadas perturbaciones magnéticas, y en cuya construcción ha quedado eliminado casi totalmente el acero, surca los océanos a fin de practicar un ciclo de observaciones, de verdadera trascendencia para todos los navegantes, sobre las desviaciones de la aguja. Laboratorios notablemente equipados en diversas localidades, y una dirección admirable bajo la presidencia del conocido hombre de ciencia, doctor Merriam, permiten a una nutrida falange de investigadores y de investigadores asociados realizar una labor altamente útil para la humanidad entera.

El hecho de que cualquier civilización genuinamente mexicana haya forzosamente de germinar sobre ese

rico sedimento étnico que es el aborigen, presta todavía mayor interés a todo lo que hasta hoy ha podido subsistir desde los tiempos precolombianos. Edificios como los de Chichen Itzá, que en su día cristalizaron, se puede decir, el impulso creador de la raza, adquieren una importancia muy especial si también los relacionamos, como debe ser, con las épocas venideras. ¿Qué mejor índice puede hallarse de las inmensas fuerzas que yacen dentro del corazón de los pueblos americanos? Y, por lo tanto, ¿qué mejor esperanza para el futuro?

Los trabajos practicados sobre el "Templo de los Guerreros" corresponden a un extenso programa de labores trazado con singular clarividencia por el doctor Sylvanus Morley y encaminado a estudiar el desarrollo de la civilización maya en sus fases más significativas. Para investigar los orígenes de dicha cultura, y sus posibles raigambres dentro de la llamada "arcaica", escogióse, aparentemente con todo acierto, la ciudad de Uaxactun. Hállanse aquellas ruinas situadas dentro de la ancha zona meridional que presenció el primer florecimiento de la civilización que ahora nos ocupa. Una importante pirámide, que posiblemente se remonte hasta el primer siglo antes de Cristo, y que revela una serie de elementos un tanto difíciles de clasificar—aunque no de carácter francamente maya—ha venido a proporcionar una serie de datos de valor casi inestimable.

Efectivamente, menos prudentes que sus descubridores, muchos se atreverían a señalar, en dicha pirámide, diversas características que, por lo menos a primera vista, decididamente tienden a llenar el "hiatus": algo que acusa un parentesco más concreto que ese simple aire de familia que distingue, sin excepción, a todos nuestros monumentos prehispánicos. Por lo demás, cabe sospecharse que, como en el caso de la sumeria y de otras tantas culturas, caracterizóse la maya por un rapidísimo arranque inicial que impidió que nos quedasen, de esa primera época, huellas muy abundantes. Sea como fuere, sería difícil exagerar la importancia de este descubrimiento único.

Fue, según es bien sabido, precisamente dentro de la región en que se halla Uaxactun, que la civilización de los mayas, en templos como el de "la Cruz", en estelas como las de Copán, Yaxchilán, Quiriguá, y Piedras Negras, en bajorrelieves como el de Palenque, alcanzó su suprema realización artística. Abandonadas misteriosamente aquellas ciudades a principios del siglo séptimo, renace otra vez la civilización con extraordinaria pujanza en el norte de la península yucateca, donde pronto recibe la influencia de la cultura tolteca, a su vez poderosamente afectada por la maya en tiempos anteriores. El "Templo de los Guerreros", que corresponde a esta segunda época, posee un interés adicional para nosotros desde el momento que, aparte de corresponder a una tradición cultural casi seguramente vinculada en sus remotos orígenes con el elemento arcaico difundido sobre una gran parte del país, lleva, además, el sello nahoa, y es de considerarse, por lo tanto, como una especie de polarización de las más importantes tendencias culturales anteriores a la Conquista.

Iniciados los trabajos en 1924, de acuerdo con un contrato celebrado con nuestro Gobierno, facultando al Instituto para practicar exploraciones y excavaciones arqueológicas en Chichen Itzá, así como las reparaciones y re-

posiciones que resulten necesarias, las labores hubieron de prolongarse durante cuatro estaciones. Al mismo tiempo, en los edificios contiguos se llevaban a cabo, por la Dirección de Arqueología, otras operaciones no menos acertadamente ejecutadas, entre ellas la restauración del "Templo de los Tigres" y de ese otro monumento bellissimo, el "Castillo", elevado en honor de Kukulcán, o sea Quetzalcoatl, y que resulta una de las construcciones más prominentes de la ya famosa "plaza".

El éxito que oportunamente ha venido coronando esos esfuerzos debe, sin género de duda, atribuirse no tan sólo a la pericia y a la preparación técnica de ambos grupos de arqueólogos, sino a otro factor no menos importante. "Tanto el Gobierno de México—escribe el Presidente de la Sección de Investigación Histórica del Instituto, doctor Kidder—cuanto el Instituto Carnegie han comprendido, desde un principio, la necesidad de practicar las excavaciones con todo cuidado y de dejar todas las construcciones que se sacan a la luz del día, en forma tal que puedan resistir el proceso de deterioro... Pero no nos hemos contentado solamente con una labor de conservación. Se ha deseado que, una vez expuestos, todos los edificios resulten bellos e inteligibles... No debe hacerse caso omiso de los valores subjetivos. Se debe buscar la belleza, tanto en el detalle cuanto en la masa. Una restauración llevada a cabo sin inteligencia, por exacta que sea, destruye todo sentimiento de belleza, y por lo tanto, priva a las construcciones antiguas de su efecto psicológico más importante."

He ahí una gran verdad. ¡Cuánto, digamos de paso, hubiésemos ganado si los arqueólogos siempre hubiesen comprendido la necesidad—mejor dicho, el deber—de complementar sus investigaciones mediante obras de reposición y en determinados casos aun de restauración bien entendida! Sin embargo, quizá seamos los habitantes del Nuevo Mundo los que, en realidad, tengamos menos derecho de

quejarnos: sin alejarnos de esta capital, basta visitar los trabajos llevados a cabo por nuestro Gobierno en Teotihuacán o en Tenayuca para quedar convencidos. En cambio, ¡qué distinto estado de cosas ha imperado en Europa y en el cercano Oriente! Hay, ciertamente, excepciones dignas de mencionarse, como el Templo de Knossos, tan inteligentemente restaurado, aunque en forma parcial, por Evans, y esa joya del arte clásico, el Tesoro de los Atenienses, en Delfos. Algo, también, se ha hecho sobre el Acrópolis de Atenas, aunque, si tomamos en cuenta que casi todos los fragmentos primitivos yacen en las inmediaciones, y que las canteras del Pentélico no se han cambiado de sitio desde los tiempos de Pericles, lo que se ha proyectado realizar sobre el Partenón, o sea la reposición en cemento armado de la parte que cayó abajo en virtud de la explosión de 1687, es mejor que no se hiciera. Además, en numerosos lugares no se han conservado más que los cimientos. Pero las columnas del templo de Zeus, en Olimpia, aun yacen, desde el terremoto fatídico que las hizo venir a tierra, tambor sobre tambor y todas rigurosamente alineadas, mientras no lleguen las manos piadosas que hayan de colocarlas otra vez en su puesto; y cosa análoga ocurre en muchos otros sitios. "Desolationem faciunt; scientiam appellant", podría a cada rato decirse de muchos de esos investigadores beneméritos.

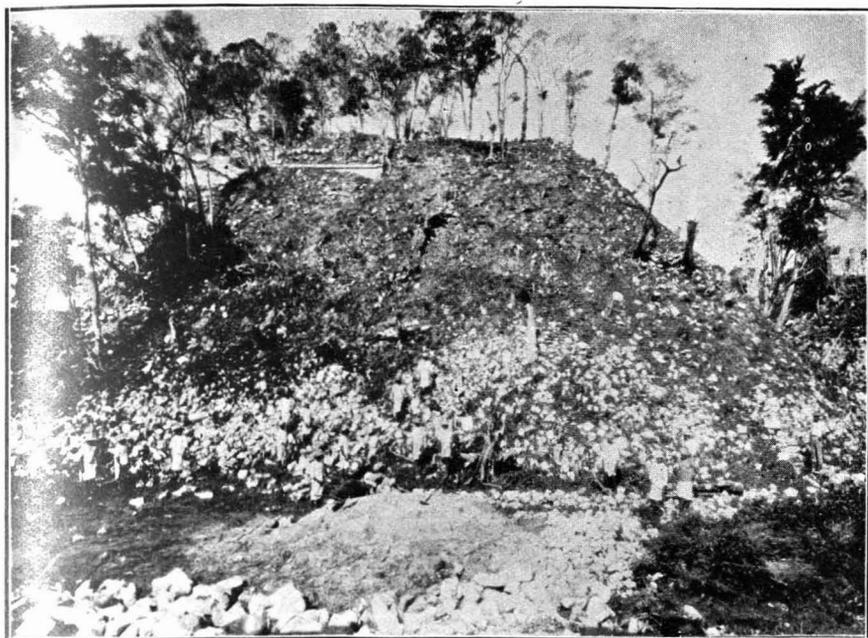
Fiel a los altos propósitos enunciados por el doctor Kidder, el Instituto puso las obras bajo la dirección del señor Earl H. Morris, a quien, además, proporcionó un grupo de colaboradores competentes y entusiastas, entre los cuales se hallaron la señora Morris y el conocido pintor Jean Charlot. Por lo tanto, puede decirse que hombres de ciencia y artistas trabajaron en estrecha cooperación, y a juzgar por lo que se ha logrado, es de esperarse que sea este un sistema que de hoy en adelante nunca deje de llevarse a la práctica.

Como es sabido, la feraz vegetación del trópico ha resultado enemiga im-

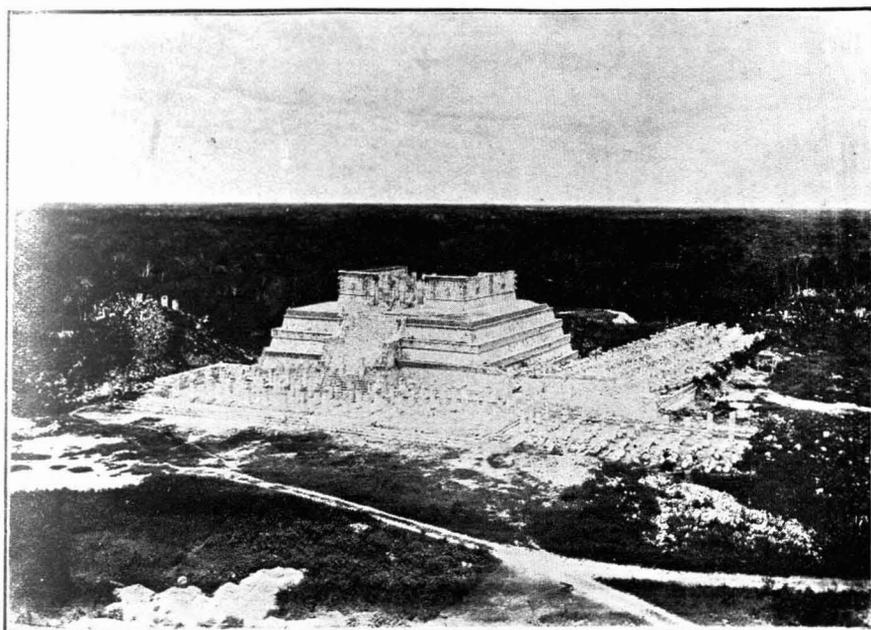
placable de casi todos nuestros monumentos en esas zonas, ya que en la mayoría de los casos los ha disgregado casi por completo. Además, los mayas no solían preocuparse por ligar debidamente el revestimiento exterior en piedra tallada con el núcleo de los edificios, factor que ha contribuido mucho a la obra de disrupción a que nos referimos. Sin embargo, debe reconocerse que, con todos sus inconvenientes, la vegetación ha tenido por lo menos la ventaja de tender un manto encubridor sobre las ruinas, preservando la mayoría de los elementos de carácter imperecedero, a distancias cortas de su lugar de origen. El trabajo de reposición y de consolidación es una obra de paciencia; pero al fin, gracias a ella, en vez del montículo cubierto de árboles y de maleza que era lo único que antes se descubría, el edificio casi completo vuelve a surgir en toda su belleza.

Nada más elocuente que los dos grabados que, gracias a la cortesía del Instituto, tenemos el placer de reproducir, y que nos muestran al templo antes y después de que se llevaran a cabo las obras. Nótese, en la parte superior del primero, los cortos fragmentos de muro y de cornisa que constituían, se puede decir, los únicos restos coherentes que se podían apreciar de todo el edificio. El segundo grabado, en cambio, nos revela una transformación completa. Sin embargo, y si exceptuamos un número reducidísimo de sustituciones en aquellos casos en que no se pudieron encontrar los originales, en lo que atañe a esta parte de la operación, no se ha hecho más que colocar cada piedra en el sitio que ocupaba anteriormente y atender en general a la consolidación del conjunto.

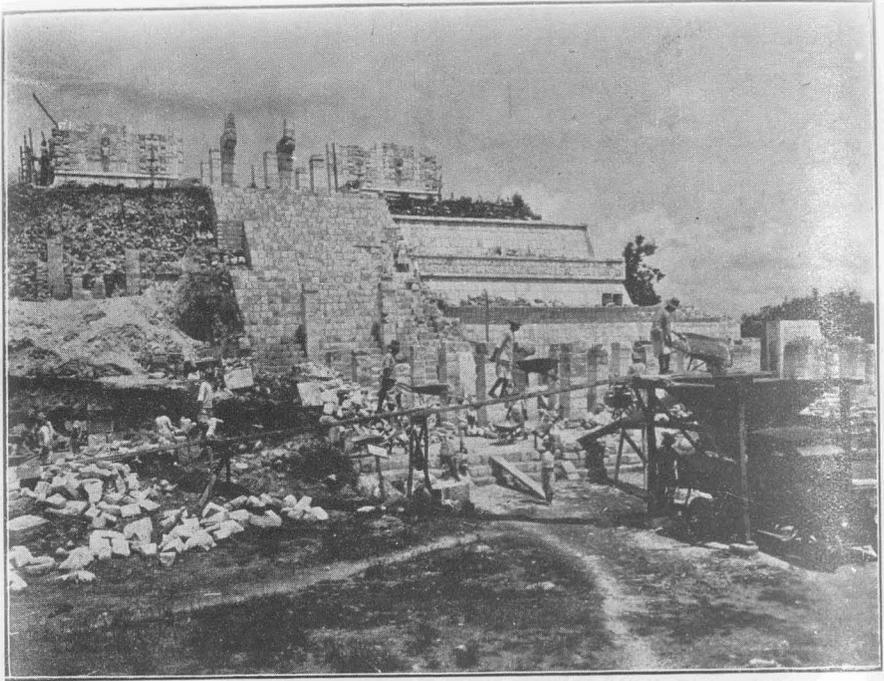
Este consiste de dos elementos principales, armónicamente ligados entre sí, pero a la vez distintos. Tenemos abajo una basamento piramidal que mide unos 38 metros por lado, aunque no es rigurosamente cuadrado. Elévese dicha estructura, hasta adquirir unos once metros de altura, en una serie de muros inclinados de piedra tallada que alternan con bandas ver-



EL TEMPLO DE LOS GUERREROS. EN CHICHEN ITZA. ANTES DE LOS TRABAJOS



EL TEMPLO DESPUES DE LOS TRABAJOS



EL TEMPLO DE LOS GUERREROS, EN EL CURSO DE LOS TRABAJOS



EL MISMO: DETALLE

ticales, de las cuales todas, salvo la superior, se hallan ricamente labradas. El corazón es de mampostería, y el templo mismo, o sea el segundo elemento a que nos referimos, se alza sobre la plataforma superior del basamento. Una amplia escalinata, de más de 8 metros de ancho y limitada por balaustradas en forma de serpientes, conduce hasta la plataforma: como en todos nuestros edificios precortesianos, se halla fuertemente inclinada.

Frente a la entrada del templo, que se encuentra dividida en tres secciones por medio de columnas que representan serpientes emplumadas, se halla una estatua de un tipo ampliamente conocido, el llamado "Chac Mool". El templo mismo mide unos 21 metros por lado, y consiste de un gran salón, provisto de un grupo de columnas que en otros tiempos sostenían un techo hoy desaparecido, y de un santuario interior del mismo tamaño que el otro aposento. Al fondo del santuario y a 76 centímetros del suelo se levanta un altar de más de 4 metros de largo y de unos 2.50 metros de ancho; sostienenlo 19 atlantes policromados, que, por haber pertenecido a construcción anterior y por resultar demasiado altos para los deseos del artista, tienen los pies y la parte inferior de las piernas enterradas en el suelo. Hay, además, dos bancas laterales. La altura del templo, incluyendo el techo hoy inexistente, debe haber pasado de los 9 metros, y todo él se hallaba revestido de yeso: se han contado hasta 131 capas, con un espesor total de 5.6 centímetros.

Al sur y al poniente de este magnífico conjunto arquitectónico, y al pie del mismo, se extienden tres "stoas" diferentes, dos de ellas constituidas por cuatro, y la restante por cinco hileras de columnas ricamente decoradas, y en el interior del basamento se descubrió parte de un edificio todavía más antiguo—el "Templo del Chac Mool"—, que se aprovechó para la erección del posterior, y que ahora rindió diversos objetos de un interés muy grande: una estatua recumbente,

un disco de turquesas y unos fragmentos de serpientes labradas, en los cuales el color conserva su prístina viveza.

Tal es, en términos generales, la descripción del edificio. Desgraciadamente carecemos de espacio para extendernos, como desearíamos, sobre cada uno de sus detalles; por otra parte, la riqueza artística que revela resulta casi inagotable. Solamente el señor Charlot, sin ocuparse de las esculturas y relieves exteriores, y concretándose casi exclusivamente a los que figuran sobre las columnas y pilastras, abarca en su estudio cerca de 350 tableros, cada uno provisto de una figura humana de tamaño natural y de dos motivos decorativos, todos ellos ricamente policromados. Aparte del anterior, hay el trabajo casi fantástico de restauración practicado por la señora Morris con los diversos fragmentos de pinturas murales que se encontraron dentro del edificio. Lo que, en virtud de la labor de estos pacientísimos investigadores, hemos podido aprender acerca del arte y la vida de los mayas, es realmente muy grande. Gracias a la señora Morris vuelve a desfilar ante nuestros ojos un grupo victorioso que regresa de alguna ciudad vecina, con el inevitable séquito de prisioneros, y vemos a los guerreros sentados sobre sus sillones en forma de jaguar. En otro sitio asistimos a un sacrificio humano, o seguimos la vida cotidiana de una aldea a orillas del mar. Es, sin duda alguna, en estas aportaciones al conocimiento pictórico de la civilización maya, que radica uno de los resultados más importantes de toda la obra emprendida.

La placa de turquesas hallada dentro de una urna soterrada debajo del piso del "Templo del Chac Mool", puede admirarse ahora en el Museo Nacional. Hasta hoy sólo se había encontrado en toda esa zona otro ejemplar de trabajos de este género. En lo que se refiere al lugar de origen de dicha piedra, y sin negar que con el tiempo se descubran diversos centros productores más cerca de nosotros de lo que llegó a creerse, es significativo

el hallazgo aún reciente en las ruinas de Galaz, Nuevo México, de unas campanillas de cobre semejantes a las que se han extraído del cenote, de Chichen Itzá: como es sabido, a menudo se ha supuesto que parte por lo menos de la turquesa empleada en nuestro país hubo de venir de esa parte del continente. De todas maneras, nadie podrá negar el interés y el alcance de estos descubrimientos. El hábil artista japonés, señor Ichikawa, a pesar de habérselas tenido que entender con cerca de tres mil piedras, realizó una labor notable en su restauración de la presea.

Es justo, por último, rendir nuestro tributo al señor Morris, no sólo por la acertada dirección de los trabajos y por el éxito logrado en los mismos, sino también por todo el cúmulo de datos que ha podido proporcionarnos sobre los edificios, así como sobre los materiales, útiles y procedimientos que se emplearon al construirlos. Si en algo discrepamos de él, es en el ca-

lificativo que aplica a los capítulos consagrados a estos asuntos: lejos de encontrarlos, como él sugiere, soporíficos, no vacilamos en decir que constituyen una de las partes más interesantes de todo el libro.

Por lo demás, y dada la riqueza arqueológica de México, la reconstrucción de nuestro pasado resulta una labor tan inmensa, que todo lo que se haga en ese sentido, por importante que sea, resulta poco ante lo que aun nos espera. Señalemos, no sin cierto orgullo, que nuestra Administración es una de las que más gasta anualmente en empresas de esta índole. La calidad del personal dedicado a ellas, y lo que en múltiples sitios haya realizado, constituyen hechos ampliamente conocidos. No por ello, sin embargo, deja de resultar grato en alto extremo señalar una aportación tan importante al conocimiento de nuestra historia como lo es, indiscutiblemente, la que con toda inteligencia y desinterés nos ha proporcionado ahora el Instituto Carnegie.